

*Sehr geachtet. Ihre
Schreiben greift die Frage nach
wirklichen Felder der Träume
die ich in meiner Interpretation
ausführlich behandelt und
darauf ungehört beabsichtigt habe. Ich
fühle mich durch den Traum ebenso lang-
weilig als ein ihm entsprechendes Trau-
mengeschehen im Wachen ist einfach an-
gegeben. Ich gewinne viel für die
auf die Beobachtung
denen ein Neukreuz
des Träumers
den hat. Solche Träu-
me und Wahnheiten
haben keine Spur
auch kein Ziel
obliegen. Die Frage
Träume wird ab-
geklärt gestellt, was
gesprochen ist und
Wirkung am Ende
sowie wie sie dem
erträumten sein
kann. Ich habe das
klar gemacht, aber
nicht für
ausgegeben.*

*Αἶψά φωνᾷ τὰ οἶτα χ' οὐκ ἄρα
ἄν τα χ' οἶτα οἰπὶ βουμένων λαθρα
τὰ χ' οἶτα βουμένων λαθρα
οἰπὶ χ' οἶτων πρὸ τῶν τὰ τὸ οἶτα
τραγικὸν αἰσὶ τὰ μὲν αἶμα τὰ μὲν
αἶμα τὰ τῶν οἶτων τὰ οἶτων
αἶμα τὸ οἶτων
πὶ τῶν οἶτων
αἶμα τὸ οἶτων
αἶμα τὸ οἶτων
αἶμα τὸ οἶτων*



FREUD
LA LITERATURA

Hay una pregunta que se escucha con frecuencia, y no es fácil de responder: ¿Le ha aportado más la literatura al psicoanálisis o este a la literatura? Desde Freud y la tradición psicoanalítica ha sido muy clara la convicción de que la literatura le ha ofrecido al psicoanálisis un repertorio inagotable de mitos, historias, tragedias, dramas, poemas y personajes, además de diversas construcciones formales y lingüísticas que han aportado material para construir, afianzar o incluso criticar conceptos básicos y claves de la teoría y la clínica psicoanalíticas, cuyo ejemplo más paradigmático es el complejo de Edipo. Y se confirma en la historia del psicoanálisis que, desde finales del siglo XIX, Freud no solo mantuvo su interés en buscar la solidez de una ciencia para sus hallazgos, sino que se apoyó a lo largo de su obra en numerosos textos y productos literarios. Dejó claro que lo que él descubría era la forma científica para enfocar y comprender numerosos asuntos humanos, que las grandes obras literarias los usaban artísticamente y se podían volver marcos de comparación y de validación de lo que él como científico clínico encontraba en sus pacientes. Leyack (2006) sostiene:

Freud se sirvió en distintos momentos de mitos que la literatura transporta: Edipo, Narciso, Moisés. Incluso el mito del Tótem y Tabú, que Freud inventa, ya está presente en sus notas esenciales en los mitos recogidos por Homero y más tarde por los trágicos. Esos mitos, de los que Freud se sirve, no fueron para él ejemplificaciones de lo que venía elaborando sino más bien la materia prima con la que tejió nudos conceptuales importantísimos. En la literatura él encontró verdades articuladas que elevó a la categoría de conceptos centrales. En la tragedia de Edipo, por ejemplo, él supo leer una invariante estructural del sujeto. El mito de Narciso pasó a ser, en su elaboración, un nudo constitutivo de la subjetividad.

En el lado opuesto, es muy frecuente leer o saber, según las opiniones de los autores y lectores literarios del siglo XX en adelante, que en tal o cual obra se enriquecería el sentido o la profundidad de los personajes, o se esclarecerían los aspectos no visibles de la trama desde una mirada psicoanalítica si se aplicaran ciertos conceptos de esa disciplina al texto literario. Pero no es infrecuente lo contrario, que numerosos autores y lectores también opinen que nada tiene que hacer el psicoanálisis en estos niveles, en especial frente al origen de la obra literaria, o en las conexiones más allá de los textos en sí mismos, como si fuera un abuso del psicoanálisis entrar a la esfera privada del creador literario. Planteado de esta manera, el asunto nos conduce a varias observaciones y discusiones en la historia del movimiento psicoanalítico, específicamente en relación con lo que se consideró como el *psicoanálisis aplicado*, es decir, sus utilidades por fuera de la clínica. En este sentido, señala Müller (2012):

La primera forma en que se pensó la relación entre psicoanálisis y literatura fue a partir de esa forma de utilización que se llamó psicoanálisis aplicado. El psicoanálisis como un discurso superior desde el que se suponía que se podía conocer la intimidad de un autor a partir de la interpretación de sus obras. Una suerte de psicobiografía. El resultado, según se ha visto, fue empobrecedor a dos bandas. Empobreció la idea de interpretación psicoanalítica, y empobreció también los modos de leer. Muchos psicoanalistas se estancaron en los contenidos descuidando las formas literarias y los modos de narrar. Muchos actualmente llaman *psicoanálisis en extensión* al modo de pensar la relación entre psicoanálisis y cultura, y especialmente la literatura. Pero esta denominación también es insatisfactoria, extensión tiene un aire imperialista: una disciplina que sale a conquistar y a extender sus territorios desde un poder superior.

Quizás es más modesto y razonable “leer” o apreciar una obra artística “con” el psicoanálisis, sin ambicionar llegar a un más allá de la obra misma.

Freud había expuesto las diferentes áreas o campos en los cuales el psicoanálisis podía aportar, posibilidad que se ha ido refinando en el movimiento psicoanalítico posfreudiano para evitar esos primeros desbordamientos del temprano psicoanálisis aplicado. En el artículo que se conoce bajo el título “El interés del psicoanálisis” (1913), en el aparte ‘Interés para la ciencia del lenguaje’, Freud plantea:

Si reparamos en que los medios figurativos del sueño son principalmente imágenes visuales, y no palabras, nos parecerá mucho más adecuado comparar al sueño con un sistema de escritura, que con una lengua. De hecho, la interpretación de un sueño es en un todo análoga al desciframiento de una escritura figural antigua, como los jeroglíficos egipcios. Aquí como allí hay elementos que no están destinados a la interpretación, o consecuentemente a la lectura, sino solo a asegurar, como unos determinativos, que otros elementos se entiendan. La multivocidad de diversos elementos del sueño halla su correspondiente en aquellos antiguos sistemas de escritura, lo mismo que la omisión de diversas relaciones que tanto en uno como en otro caso tienen que complementarse a partir del contexto. Si este modo de concebir la figuración onírica no ha hallado todavía un mayor desarrollo es debido a la comprensible circunstancia de que el psicoanalista no posee aquellos puntos de vista y conocimientos con los cuales el lingüista abordaría un tema como el del sueño (179).

En este comentario, Freud establece de manera aceptable el concepto de una “hermenéutica” posible para la lectura de los textos oníricos, aunque hace hincapié en las formas de las escrituras primitivas, pero no parece ilógico aplicarlo también a las escrituras modernas, que ya no utilizan jeroglíficos o imágenes, sino palabras. Sin embargo, estas afirmaciones solo hacen parte de las numerosas observaciones relacionadas con la literatura, la creación, la fantasía o la poesía, que trataremos de ir correlacionando en este artículo, particularmente en la obra de Freud en sus lecturas más relevantes.

Más adelante, en el mismo artículo, en el capítulo ‘El interés para la ciencia del arte’, Freud escribe:

Sobre algunos de los problemas relativos al arte y al artista, el abordaje psicoanalítico proporciona una información satisfactoria; otras se le escapan por completo [...]. Las fuerzas pulsionales del arte son los mismos conflictos que empujan a la neurosis a otros individuos y han movido a la sociedad a edificar sus instituciones. No es asunto de la psicología averiguar de dónde le viene al artista la capacidad para crear. Lo que el artista busca en primer lugar es autoliberación, y la aporta a otros que padecen de los mismos deseos retenidos al comunicarles su obra. Es verdad que figura como cumplidas sus más personales fantasías de deseo, pero ellas se convierten en obra de arte solo mediante una refundición que mitigue lo chocante de esos deseos, oculte su origen personal y observe unas reglas de belleza que soborne a los demás con unos incentivos de placer. No le resulta difícil al psicoanálisis pesquisar, junto a la parte manifiesta del goce artístico, una parte latente, pero más eficaz que proviene de las fuerzas escondidas de la liberación de lo pulsional. El nexo entre las impresiones de la infancia y las peripecias de la vida del artista, por un lado, y por el otro sus obras como reacciones frente a esas incitaciones, constituye uno de los más atractivos objetos del abordaje analítico (189).

Aun con estas opciones y limitaciones, no se logra precisar bien el papel de la lectura o de la crítica psicoanalítica que puede mantenerse en el límite entre la psicobiografía y la psicocrítica. Esta última, que se refiere al abordaje dentro de los límites del texto estudiado, es la que se considera la opción más plausible, especialmente cuando se abordan el lenguaje y la estructura temática.

No sería aventurado afirmar que el psicoanálisis es un hijo del conflictivo matrimonio entre la ciencia y la literatura. En ambos, pero con mayor importancia en esta última, el asunto del lenguaje es esencial. La biografía de Freud en su trayecto del siglo XIX, hasta el límite con el siglo XX, fue eminentemente la de su formación como médico y neurólogo; luego, desde 1880, tuvo un periodo de transición como hipnotista y terapeuta de la histeria, desde su relación con Anna O y su colega



Sigmund Freud en su oficina de Viena (1937). Foto: Bourgeron Collection/RDA/Hulton Archive/Getty Images

Breuer, hasta todo el importante legado que influyó en sus enfoques clínicos, que había recogido en Francia con la influencia de Charcot, y también del grupo de Bernheim en Nancy.

La práctica de la hipnosis, y especialmente de la regresión, permite a Freud descubrir el psicoanálisis. Por tanto, la regresión hipnótica de Breuer, al evolucionar, por obra de Freud, hacia la asociación libre sin trance, se transformó en psicoanálisis. Digamos que ya en los últimos años de la década de los noventa del siglo XIX continuó una transformación y una disyunción de su teoría, buena parte por efecto de su estrecha correspondencia con su amigo Fliess y su proceso de “autoanálisis”, y por otro lado, por su interés en profundizar el complejo asunto de los sueños, que en una vasta investigación no solo de la literatura científica sobre los fenómenos oníricos, sino en la búsqueda de numerosas referencias en obras de la gran literatura, convergió en la escritura y la publicación de su obra mayor *Die Traumdeutung* (*La interpretación de los sueños*, 1900).

Reunió para ello ciento sesenta sueños, entre ellos cincuenta de sí mismo y setenta contados por sus allegados. Y en poco tiempo continuó con la investigación de esa “otra escena”, atisbada por Fechner, de la estructura del inconsciente que empezó a ser claramente formulada, al sumar

otros dos grandes y documentados textos, llenos de conexiones con el saber filológico y las obras de la literatura y el arte: *La psicopatología de la vida cotidiana* y *El chiste y su relación con el inconsciente*. Algún comentarista llegó a decir: Freud, en la vertiente de la ciencia, fue el médico y el neurólogo. Sin embargo, el psicoanálisis, ya como producto, en buena parte es hijo de la literatura y no de la ciencia. Y entre Freud, heredero de la ciencia, y el psicoanálisis, hijo del lenguaje y de la literatura, se estableció una simbiosis, no siempre en equilibrio.

De estos hallazgos y sus alcances, E. Roudinesco (2015) hace una síntesis:

Al inventar un sujeto moderno, dividido entre Edipo y Hamlet, entre un inconsciente que lo determina sin que él lo sepa y una conciencia culpable que le pone trabas en su libertad, Freud concebía su doctrina como una antropología de la modernidad trágica, una “novela familiar”, la tragedia inconsciente del incesto y el crimen, decía, se repite en el drama de la conciencia culpable. Esta concepción del sujeto no tenía ya nada que ver con una psicología médica, fuera cual fuese. En cuanto al psicoanálisis era un acto de transgresión, una manera de escuchar las palabras a espaldas de ellas mismas y de recogerlas sin aparentar escucharlas o definir las [...].

En momentos en que por toda Europa se diseñaban vastos programas de investigación, fundados en el estudio de los hechos y las conductas, Freud se volvía pues hacia la literatura y las mitologías de los orígenes para dar a su teoría del psiquismo una consistencia que a los ojos de sus contemporáneos no podía invocarse, en ningún caso, como parte de la ciencia: ni de la psicología, que enumeraba comportamientos y aspiraba a la objetividad; ni de la antropología, que procuraba describir las sociedades humanas; ni de la sociología que estudiaba realidades humanas; ni desde la medicina que desde Bichat, Claude Bernard y Pasteur definía una norma y una patología fundadas en variaciones orgánicas y fisiológicas. Y pese a ello, Freud afirmaba ser el inventor de una verdadera ciencia de la psique.

Freud, lector literario

Este artículo pretende acompañar muy de cerca algunas lecturas de Freud, en especial de las obras de grandes autores clásicos, de las cuales extrajo conceptos claves para el psicoanálisis. El tema es vasto y se ha escrito de forma abundante sobre ello. Para evitar parafrasear a Freud, se le cita directamente con frecuencia, en especial en aquellos párrafos o frases más pertinentes con el tema tratado. Y se intenta darle una secuencia que le permita al lector seguir la lógica de ese empeño freudiano.

Como lo sabemos por sus confesiones autobiográficas, fue Freud un lector precoz y desde muy joven abordó varios de los grandes clásicos. Escribió al respecto cuando desarrollaba su interpretación sobre el sueño de la monografía botánica:

Mi padre se divirtió cierta vez, dejándonos a mí y a la mayor de mis hermanas un libro con láminas de colores (descripción de un viaje a Persia) para que lo destrozáramos. Pedagógicamente fue algo apenas justificable. Yo tenía entonces cinco años y mi hermana, menos de tres; la imagen que tengo de nosotros, niños, deshojando dichosos ese libro (hoja por hoja, como un alcaucil, no puedo menos que decir) es casi la única que me ha quedado como recuerdo plástico de esa época de mi vida. Después, siendo estudiante, se desarrolló en mí una predilección franca por coleccionar y poseer libros (que,

análogamente a la tendencia a estudiar en monografías, era una afición, como ocurre en los pensamientos del sueño con respecto al ciclamen y al alcaucil). *Me convertí en un gusano de biblioteca [Bücherwurm]*.

Freud, lector juvenil del Quijote

Para los hispanohablantes es un orgullo saber del interés que tuvo Freud en su juventud por la lectura del *Quijote* y otros textos de Cervantes, para lo cual invirtió tiempo y esfuerzo en el aprendizaje del castellano. En etapa muy temprana, a los quince años, formó con su amigo de juventud Eduard Silberstein un grupo de solo dos miembros al cual llamaron la Academia Española o Academia Castellana de Viena. Como no vivían en el mismo lugar, gran parte de la actividad de ese grupo fue por correspondencia. Freud asumió el seudónimo de Cipión y Silberstein el de Berganza. Son los nombres de los personajes del *Coloquio de los perros*, en las *Novelas ejemplares* de Cervantes (Pundik, 2016).

Al respecto se conocen cartas, tarjetas postales y notas —setenta y seis de ellas publicadas con el nombre de *Cartas de juventud*— enviadas por Freud a partir del año 1871, la mayoría firmadas por Cipión y dirigidas a Berganza; veintidós fueron escritas totalmente en español y trece de forma parcial. Cuando empieza a cartearse, “frisaba la edad de nuestro hidalgo con los dieciséis años aún no cumplidos”.

En 1923, Freud escribe una carta a Luis López-Ballesteros, traductor de sus *Obras completas* al español, y le dice: “Siendo yo un joven estudiante, el deseo de leer el inmortal Don Quijote en el original cervantino me llevó a aprender, sin maestros, la bella lengua castellana”.

Como aparece en un reciente y erudito ensayo del psicoanalista argentino C. G. Motta, titulado *Freud y la literatura* (2016):

Las lecturas de Freud abarcaron desde las *Tragedias* de Sófocles y la poesía de Virgilio, los grandes personajes creados por Shakespeare, Swift, Milton, Spencer, George Eliot, Kipling, Kingsley, Haggard, Max Müller, Charles Dickens; como también las novelas, textos teatrales y escritos franceses de: Balzac, Flaubert, Zola, Maupassant, Rabelais, Molière, Voltaire,

Rousseau, Victor Hugo, Pascal, Alexandre Dumas hijo y además los grandes clásicos rusos: Dostoievski, Tolstoi y Merejovski. También la tradición escandinava representada por Ibsen y la literatura alemana en boga durante el siglo XIX leída en autores como Kleist, Uhland, Grabbe, los hermanos Grimm y Goethe fueron objeto de su estudio y la referencia que a ellos hace es reconocible en su obra. No obstante, Goethe y Schiller encabezan la lista de los escritores más citados por el maestro vienés.

Freud hizo foco en las leyendas anónimas (*Nibelungenlied*) y en autores como Bürger, Christian Fürchtegott Gellert, Herder, Kortum, Lessing, Lichtenberg. También estuvieron en la mira de su avidez intelectual: Fritz Reuter, Grillparzer, el austrohúngaro Theodor Herzl —uno de los fundadores del sionismo— y novelistas como Gottfried Keller, Joseph Viktor von Scheffel y Arthur Schnitzler, entre otros. Aunque decidió ignorar a Marx y Engels, las lecturas atentas que hizo de Kant, Schelling, Hartmann, Brentano (padre de la fenomenología, que lo tuvo entre sus alumnos en las clases que dictara en Viena), Schopenhauer y Nietzsche son de fácil rastro en sus investigaciones.

Freud, lector de Sófocles

Desde antes de la publicación de su gran libro sobre los sueños, en la carta 71 a su amigo Fliess, de 1897, Freud escribe lo siguiente:

Un solo pensamiento de validez universal me ha sido dado. También en mí he hallado el enamoramiento de la madre y los celos hacia el padre, y ahora lo considero un suceso universal de la niñez temprana, si bien no ocurre en edad tan temprana como en los niños hechos histéricos [...]. Si esto es así uno comprende el cautivador poder de Edipo Rey, que desafía todas las objeciones que el intelecto eleva contra la premisa del oráculo, y comprende por qué el posterior drama de destino debía fracasar miserablemente [...]. Cada uno de los oyentes fue una vez en germen y en la fantasía un Edipo así, y ante el cumplimiento del sueño traído aquí a la realidad objetiva retrocede espantado,

con todo el monto de represión (esfuerzo de desalojo y suplantación) que divorcia a su estado infantil de su estado actual (307).

Sin todavía nombrarlo como complejo de Edipo, esta es la primera vez que Freud, partiendo de su propia experiencia en autoanálisis, señala claramente este conflicto que será el núcleo central de toda su teoría. En una obra posterior confirma la importancia de su hallazgo: “Creo que tengo derecho a pensar que si el psicoanálisis solo tuviera en su activo no más que el descubrimiento del complejo de Edipo reprimido, esto bastaría para ubicarlo en las nuevas adquisiciones preciosas del género humano”.

Un tiempo después en *La Interpretación de los sueños* (1900), Freud apunta: “[...] la Antigüedad nos ha legado una saga cuya eficacia total y universal

Edipo y Antígona. Aleksander Kokular. 1828. Foto: Wikicommons



sólo se comprende si es tan bien universalmente válida nuestra hipótesis sobre la psicología infantil” (270). Y para explicarlo mejor, elabora su propio resumen de la lectura de la obra de Sófocles:

Me refiero a la saga de Edipo Rey y al drama de Sófocles que lleva ese título. Edipo, hijo de Layo (rey de Tebas) y de Yocasta, es abandonado siendo niño de pecho porque un oráculo había anunciado a su padre que ese hijo, todavía no nacido, sería su asesino.

La acción del drama no es otra cosa que la revelación, que avanza paso a paso y se demora con arte —trabajo comparable al de un psicoanálisis—, de que el propio Edipo es el asesino de Layo pero también el hijo del muerto y de Yocasta. Sacudido por el crimen que cometió sin saberlo, Edipo ciega sus ojos y huye de su patria. El oráculo se ha cumplido.

Más adelante en el mismo texto sobre los sueños, remata:

En el texto mismo de la tragedia de Sófocles hay un indicio inconfundible de que la saga de Edipo ha brotado de un material onírico primordial cuyo contenido es la penosa turbación de las relaciones con los padres por obra de las primeras mociones sexuales. Aún no esclarecido Edipo, pero ya caviloso con el recorrido del oráculo, Yocasta lo consuela mencionándole un sueño que tantísimos hombre sueñan, pero sin que eso, ella dice, importe nada:

“Son muchos los hombres que se han visto en sueños cohabitando con su madre: pero aquel para quien todo esto es nada, soporta sin pesadumbres la carga de la vida”.

Aunque aparecen más detalles de estos hallazgos, aquí, en este texto citado de la *Interpretación de los sueños*, aparece formulado claramente el concepto fundador del psicoanálisis, que varios años más tarde, aparecerá como complejo de Edipo en “Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre” (Freud, 1910).

En lo anterior se observa claramente el resultado de la lectura de Freud del texto de Sófocles y la conversión que hace de este en un concepto

básico en la construcción de su teoría. Seguirá siendo el aporte más importante de la literatura al psicoanálisis e inaugura de manera fecunda muchas de las interacciones que se darán entre estos dos campos, como se irá mostrando en la secuencia de los artículos venideros. ■

Alfredo De los Ríos (Colombia)

Médico, psiquiatra - psicoanalista. Profesor jubilado de la Universidad de Antioquia.

Referencias

- Freud, Sigmund (1976). *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 24 vols.
— Carta 71 a Fliess (1897), Vol. I.
— *La interpretación de los sueños* (1900), Vol. V.
— El interés del psicoanálisis (1913), Vol. XIII.
Leyack, Patricia (2006). *La letra interrogada. Leer y escribir en literatura y psicoanálisis*. Buenos Aires: Escuela Freudiana de Buenos Aires.
Motta, Carlos Gustavo (2016). *Freud y la literatura*. Buenos Aires: Paidós.
Müller, Eduardo. www.elpsicoanalitico.com.ar/num17/arte-muller-literatura-al-psicoanalisis.php
Pundik, Juan (2016). *Freud y el Quijote. El psicoanálisis en lengua castellana*. Madrid: Filium.
Roudinesco, Elisabeth (2015). *Freud. En su tiempo y en el nuestro*. Barcelona: Penguin Random House - Colección Debate.
Villacañas, José Luis (2017). *Freud lee el Quijote*. Madrid: La Huerta Grande.

